

Presentación de textos europeos

Jean-Louis Laville

Benoît Lévesque, como buen conocedor de la situación europea, sintetiza las características principales de la socialdemocracia por el modo en que permitió conquistas sociales durante los Treinta Gloriosos, rechazando la violencia y favoreciendo la negociación. Sin embargo, sus éxitos pasados no garantizan su porvenir. Según el autor, su visión integradora del futuro no puede ser sino la del desarrollo durable, pero solo a condición de adoptar con ello una versión fuerte, susceptible de impulsar otro modelo, en el que el mercado, el Estado y la sociedad civil sean llamados a transformar y a modificar sus relaciones. Tal renovación es urgente y pasa antes que nada por una sinergia entre iniciativas ciudadanas y democracia representativa.

Lars Hulgård consolida esta percepción en la perspectiva de los países escandinavos. Así, en Suecia, el largo período de gobierno socialdemócrata desde 1932 hasta 1976 produjo una reducción espectacular de las desigualdades. El Estado social se caracterizaba entonces por su capacidad de intervención sobre la economía de mercado, aunque sufrió luego un retroceso significativo. Salir del impasse actual supone retomar una perspectiva abandonada en la Primera Internacional, la de una complementariedad entre las capacidades redistributivas del Estado sostenidas por organizaciones de masa y los impulsos recíprocos que emanan de la participación en el seno de la sociedad civil. Solo esta reconciliación, cercana a la renovación evocada por Lévesque puede alentar nuevamente la búsqueda de justicia económica y social.

Si esto se da de este modo es porque los límites inherentes al Estado social no vienen solamente de la reciente atenuación de su rol, sino de su propia concepción. Para Mathieu de Nanteuil, los Treinta Gloriosos han correspondido al olvido de sus orígenes culturales en favor de su dimensión técnico-económica. En consonancia con Hulgård, De Nanteuil constata que la solución a los problemas actuales no se halla en un retorno al Estado social tradicional. La obsolescencia de sus modos de intervención lo impide y exige substituirlo por otro proyecto político en el que una forma de subjetivación crítica del mercado sitúe la solidaridad en el punto de articulación entre mundos vividos y formas instituidas.

En una sociedad de individuos, complementa Fabienne Brugère, se trata de pensar al sujeto por medio de los soportes que lo hacen surgir, tal como lo muestran las teorías del *care* y de la participación política. Considerar la interdependencia y la vulnerabilidad de las vidas humanas llama a una política pública que favorezca el cuidado de los otros, lo que implica favorecer también el cumplimiento de actos de reciprocidad, respetando la exigencia de generalidad y el ajuste de las prácticas a las situaciones. Tal elección antiburocrática supone además la promoción de un espacio común no homogeneizador, capaz de generar una apertura hacia formas ascendentes de democracia directa, incluso contestataria, que den derecho a las diferencias. Las expresiones de públicos otrora marginalizados y las experimentaciones de conflictos son también antídotos contra el riesgo de desafección democrática.

Sin embargo, esta nueva imbricación de cuestionamientos éticos y políticos señalados por de Nanteuil–Brugère, se ve contrarrestada, según Anne Salmon, ante un proceso de anexión de la ética propio del neocapitalismo. En continuidad con la ética protestante y la ética progresista, la ética económica contemporánea está llamada a proveer una regulación privada suficiente como para enmarcar los comportamientos de empresas en un cambio continuo. Se perfila así el peligro de un expansionismo sin fin, acoplado a una moralización con posibilidades de llevar incluso al autoritarismo. Para evitarlo, la sociodiversidad en términos de instituciones y de móviles de acción parece ser tan necesaria como la biodiversidad en favor del medio ambiente. Cuando uno se refiere a los gastos generados en los años 1930 por la utopía de la sociedad de mercado, prolongando lo preconizado en los capítulos precedentes, se ve que una economía plural constituye una plataforma contra una instrumentalización de la ética.

¿Cómo es posible que gobiernos socialdemócratas hayan sido prácticamente capturados como rehenes por el discurso de las grandes firmas? Tal es la interrogación de Hilary Wainwright, quien acusa la ausencia de un reconocimiento de los actores económicos. Considerándolos como electores, asalariados o beneficiarios, la socialdemocracia no incluyó a estos actores como participantes pertinentes y creativos de la producción de bienes y servicios, remitiéndose a su gestión privada o limitando la cuestión de la dimensión pública a la de la propiedad. La epistemología positivista y la confianza acordada a los expertos han vuelto al poder tributario de las elites económicas, avalando la separación entre los ámbitos político y económico, rasgo propio de las democracias liberales. Se sigue de ello la urgencia de una economía política susceptible de invertir la tendencia y de reforzar la democracia política. Para que el trabajo se vuelva un común, cuestión que a sus ojos es prioritaria, Wainwright distingue varias acciones significativas:

defender y extender la esfera no mercantil; generar alianzas entre economía solidaria, sindicatos y autoridades locales; construir redes de financiamiento solidario. Estas son igualmente incitaciones a una redefinición de lo político a través de la práctica.

De estos seis primeros textos se sigue la necesidad de elaborar nuevas bases teóricas para la socialdemocracia. No es suficiente con remitirse a un retorno del crecimiento. En efecto, es tiempo de que el crecimiento mismo sea interrogado. Precisamente, es este el argumento de los textos siguientes.

Para Florence Jany-Catrice, el crecimiento no puede constituir más un horizonte colectivo insuperable: en principio, el crecimiento ya no se identifica tanto con una mejora del bienestar, pues desestima el acceso a la educación y a la salud; tampoco es sostenible ecológicamente, porque agota los recursos no renovables. Desde hace varios decenios, las críticas al PBI (Producto Bruto Interno) denuncian su incapacidad a tener en cuenta de manera relevante los servicios, los modos de consumo, así como la evaluación de *stocks* disponibles, por ejemplo, en materia energética. Sin embargo, la economía ortodoxa intenta desactivar tales cuestionamientos recurrentes, internalizándolos mediante la mercantilización y la monetarización de lo social y de lo viviente, o bien domesticándolos mediante la proposición de indicadores basados en las satisfacciones individuales, o aun en la confianza acordada a un efecto de derrame, según el cual toda ganancia obtenida por los más ricos beneficiaría a la sociedad entera.

Al igual que lo que ocurre con la ética, los indicadores de riqueza dan testimonio de una antinomia entre las modalidades de adaptación del sistema dominante y formas contestatarias más fundamentales. Las relaciones entre economía y sociedad se encuentran en una encrucijada: o bien los centros de poderes públicos y privados refuerzan su dominio, o bien los cuestionamientos hechos al modelo de desarrollo actual generan un esfuerzo compartido de reflexividad colectiva. En este sentido, los últimos capítulos se muestran más escépticos que la contribución inicial sobre la posibilidad de un cambio de paradigma gracias al desarrollo durable. Para Geneviève Azam, el problema es más grave. Desde el siglo XIX, la izquierda modernista tiene una ideología progresista, y por esta razón subestima hoy los efectos de la globalización y los desafíos ecológicos. Ahora bien, la actualidad no se reduce a una crisis que podría ser sobrepasada por la substitución del capital técnico al capital natural. La era del antropoceno, que comienza a finales del siglo XVIII y en la que las modificaciones mayores del medio natural tienen un origen humano, desemboca en un hundimiento de los ecosistemas.

Resulta tan inquietante esta constatación, que incluso cuando se la reconoce formalmente, es con creces negada por los gobiernos en sus implicaciones concretas, mientras, en paralelo, los desajustes sociales y ecológicos mantienen el sentimiento de inseguridad en la población. Al respecto, todas las formaciones políticas se hallan perturbadas. Tonino Perna da cuenta de este desplazamiento del centro de gravedad político en Europa. La irrupción de una derecha teoconservadora, así como la deportación de la derecha hacia el neoliberalismo instalan a la socialdemocracia en el lugar de la antigua derecha liberal portadora de valores humanistas, pero desprovista de un proyecto alternativo. Este recentramiento contrasta con la aparición de una izquierda diferente, exterior a los partidos, nacida de la voluntad de paz y que se define en torno a nociones ignoradas por los análisis progresistas tradicionales: los proyectos locales participativos, los valores de uso, las economías de energía y el cuidado de los bienes comunes, por ejemplo, en los dominios medioambientales y culturales. La presencia del Mediterráneo facilita el desplazamiento hacia esta izquierda emergente, atípica, pero impulsada por el viento del Sur. Hay diferencias importantes entre los textos, pero todos los capítulos citados señalan la necesidad de repensar una articulación entre la esfera económica y la esfera política, entre poderes públicos y sociedad. Culminando con este llamado atento a la polifonía europea, esta primera parte se abre a la siguiente mediante una mirada que apunta a la pluralidad del mundo.